



REVISTA SEMANAL

DIRECTOR

D. MANUEL RECUERO

ADMINISTRADOR

JOSÉ HURTADO DE MENDOZA

Número corriente 13 céntimos

Número atrasado 23 céntimos



**DON JOSÉ ZORRILLA**

**HA FALLECIDO**

**R. I. P.**

*El Gobierno de S. M., la Real Academia Española, su viuda doña Juana Pacheco, su hermana política, sus tíos, sus sobrinos y la Redacción de LA MANCHA ILUSTRADA*

*RUEGAN á sus amigos y á los amantes de las letras españolas, se sirvan encomendarle á Dios.*

# A Zorrilla

LA MANCHA ILUSTRADA, que ha tenido el triste honor de ser la publicación que últimamente ha insertado versos del inspirado vate durante su vida, no encuentra medio mejor de tributarle homenaje y asociarse al dolor que hoy aflige á la literatura patria, que publicar á continuación alguna de sus composiciones, haciendo así de esta hoja una más para su inmarcesible corona.

## VERSOS DE ZORRILLA

### INDECISIÓN

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!  
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,  
un sol de fuego iluminando el día,  
aire de aromas, flores apiñadas.

Y en medio de la noche majestuosa,  
esa luna de plata, esas estrellas,  
lámparas de la tierra perezosa,  
que se ha dormido en paz debajo de ellas.

¡Bello es vivir! Se ve en el horizonte  
asomar el crepúsculo que nace;  
y la neblina que corona el monte  
en el aire flotando se deshace;

Y el inmenso tapiz del firmamento  
cambia su azul en franjas de colores;  
y susurran las hojas en el viento,  
y desatan su voz los ruiseñores.

.....

Y en la noche las orlas de su manto  
arastra fugitiva en Occidente;  
y la tierra despierta al fuego santo  
que reverbera el sol en el Oriente.

¡Bello es vivir! Se senté en la memoria  
el recuerdo bullir de lo pasado,  
camina cada ser con una historia  
de encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilón que brama,  
si hay un invierno de humedad vestido,  
hogueras hay á cuya roja llama  
se alza un festín con su discorde ruido,

Y una pintada y fresca primavera,  
con su manto de luz y orla de flores,  
que cubre de verdor la ancha pradera  
donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,

y desierto sin fin en la llanura,  
en cuya extensa y abrasada alfombra  
crece la palma como yerba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,  
como sombras sin luz y apariciones,  
pardos y corpulentos elefantes,  
amarillas panteras y leones.

Allí, entre el musgo de olvidada roca,  
duerme el tigre feroz harto y tranquilo,  
y de una cueva en la entreabierto boca  
solitario se arrastra el cocodrilo.

¡Bello es vivir, la vida es la armonía,  
luz, peñascos, torrentes y cascadas,  
un sol de fuego iluminando el día,  
aire de aromas, flores apiñadas.

Arranca, arranca, Dios mío,  
de la mente del poeta,  
este pensamiento impío  
que en su delirio creó.  
Sin un instante de calma,  
en su olvido y amargura,  
no puede soñar su alma  
placeres que no gozó.

¡Hay del poeta! Su llanto  
fué la inspiración sublime  
con que arrebató su canto  
hasta los cielos tal vez:  
solitaria flor que el viento  
con impuro soplo azota,  
él arrastra su tormento  
escrito sobre la tez.

Porque tú ¡oh Dios le robaste  
cuanto los hombres adoran:  
tú en el mundo le arrojaste  
para que muriera en él;  
tú le dijiste que el hombre  
era en la tierra su hermano:  
más él no encuentra ese nombre  
en sus recuerdos de hiel.

Tú le has dicho que eligiera  
para el viaje de la vida  
una hermosa compeñera  
con quien partir su dolor;  
más ¡ay! que la busca en vano;  
porque es para el ser que ama  
como un inmundo gusano  
sobre el tallo de una flor.

Canta la luz y las flores,  
y el amor en las mujeres,  
y el placer en los amores,  
y la calma en el placer:  
y sin esperanza adora  
una belleza escondida,  
y hoy en sus cantares llora  
lo que alegre cantó ayer.

El con los siglos rodando  
canta su afán á los siglos,



y los siglos van pasando  
sin curarse de su afán.  
¡Maldito el nombre de gloria  
que en tu cólera le diste...!  
Sentados en su memoria,  
recuerdos de hierro están.

El día alumbra su pena,  
la noche alarga su duelo,  
la aurora escribe en el cielo  
su sentencia de vivir:  
fábulas son los placeres  
no hay placeres en su alma,  
no hay amor en las mujeres;  
tarda la hora de morir.

Hay sol que alumbra, mas quema;  
hay flores que se marchitan,  
hay recuerdos que se agitan,  
fantasmas de maldición.  
Si tiene una voz que canta,  
al arrancarla del pecho  
deja fuego en la garganta,  
vacío en el corazón.

¡Bello es vivir! Sobre gigante roca  
se mira el mundo á nuestros pies tendido,  
la frente altiva con las nubes toca...  
Todo creado para el hombre á sido.

¡Bello es vivir! Que el hombre descuidado  
en los bordes se duerme de la vida,  
y de locura y sueños embriagado  
en un festín el porvenir olvida.

¡Bello es vivir! Vivamos y cantemos;  
el tiempo entre sus pliegues roedores  
ha de llevar el bien que no gocemos,  
y ha de apagar placeres y dolores.

Cantemos de nosotros olvidados,  
hasta que el son de la fatal campana  
toque á morir.—Cantemos descuidados,  
que el sol de ayer no alumbrará mañana.



LEÍDA EN EL ATENEO DE MADRID.

I

Mis carísimos lectores,  
si aún hay uno que me lea  
y de buen ojo me vea  
por mis libros anteriores:  
yo soy un hombre de ayer  
que, aunque de enmedio me quito,  
alguna vez resucito  
lo que hacen los de hoy á ver.

Hoy para ver el cariz  
que presenta en mi vejez,  
meto por última vez  
en el mundo la nariz;  
y con el último libro  
que pienso dar á la prensa,

hoy para ataque y defensa  
mi pluma de acero vibro;  
pero como es de razón,  
os diré la que me lleva  
á intentar hoy esta nueva  
y última resurrección.

II

La mayor calamidad  
que puede á un hombre caber,  
es la de llegar á ser  
una gran celebridad;

pues como en nuestro país  
nadie con nada se aviene,  
á los célebres que tiene  
los tiene siempre en un tris.

El Gobierno cree que á un hombre  
de mucha reputación,  
para culaquier posición  
le basta con su renombre;  
y sea útil ó no sea,  
de través mal encajado,  
en servicio del Estado  
donde no sirve le emplea.

Per error tal, más sencillo,  
el pueblo cree que el famoso  
es un todopoderoso  
gran señor de horea y cuchillo,  
para quien no hay Rey ni ley,  
y que está en categoría  
par con el Rey, porque un día  
le invitó á su mesa el Rey.

Con lo cual á mí, poeta,  
me pide empleo ó amparo  
desde el que vive muy caro  
hasta el pelgar sin chaqueta;  
y cuando modestamente  
le poco que soy les digo,  
ninguno me cree, y conmigo  
el que no quiebra, se siente.

Pues ¿y nuestra sociedad  
caritativa y cristiana,  
que sólo vive y se afana  
por chismes de vecindad?

¡Pobre hombre célebre! un día  
le aclama y le vitorea,  
y si al fin no le apedrea,  
le desdenea, aja ó espía;  
pues como el célebre aquél  
debe servir para todo,  
mil quieren de cualquier modo  
servirse para algo de él;

y como hay otros diez mil  
á quienes todos les quema,  
contra todo por sistema  
siempre en aptitud hostil,  
jamás logra andar bien quisto;  
porque donde dos le alaban,  
doce los dientes le clavan



y le dejan hecho un Cristo.

Todos en él puesto el ojo,  
á nadie agrada jamás,  
y siempre de los demás  
ha de vivir al antejo.

Si se esquivá, es un hurón;  
un soberbio si se exhibe;  
del por qué y cómo vive  
todos le piden razón.

Si trabaja, es un avaro;  
si descansa, un haragán;  
y desde la honra hasta el pan  
todo le cuesta más caro;

por ese vulgar error  
de que es la fama un tesoro,  
y el famoso nada en oro  
de tal mina explotanor.

De mí se dice... ¡quién sabe!  
mi existencia es tan vulgar,  
que de extraño ó singular  
poco ó nada en ella cabe.

Dicen que por ruín despecho  
de verme ya desheñado,  
á morir me he resignado  
sin hacer más de lo hecho:

que del siglo con desdén,  
por lo remoto y lo antiguo  
lo moderno y lo contiguo  
mis viejos ojos no ven;

que, idólatra del pasado,  
reniego de lo presente  
como viejo impertinente  
gruñón y mal humorado!

Dicen que hago un mal papel,  
yo que he sido un vagabundo,  
viviendo aislado en el mundo  
sin ver lo que pasa en él,

y... ¡acusación capital!  
que escribo del tiempo viejo,  
sin zurcir un mal librejo  
moderno y trascendental.

### III

Hice yo cuanto en mí cupo  
para hundirme y anularme:  
jamás pudo á sí afiliarme  
partido, fracción ni grupo,

ni logró ningún Gobierno  
hacerme servir de nada,  
y mi opinión sepultada  
vivió en un mutismo eterno.

Cuando llegó mi vejez,  
la espalda al mundo volví,  
y en mi casa me escondí  
sin despecho ni altivéz.

Único español acaso  
que, en cuenta al tiempo temiendo,  
quiso, al tiempo paso haciendo,  
quitarse á tiempo del paso,

nadie en cuenta me lo tuvo,  
ni nadie me lo aceptó  
por modestia, y alguien hubo  
que á mis canas se atrevió.

Mas todo inútil á sido:  
mi vieja celebridad  
tiene la fatalidad  
de poder más que el olvido.

La fama que logré antaño  
con mi *Don Juan* es tan loca,  
que con los muertos me evoca  
por Noviembre un día al año;

y entre los mil que con pasmo  
salir á la luz me ven,  
unos por viejo entusiasmo  
y otros por vulgar desdén,

me gritan: «¿Por qué no escribes,  
holgazán, que aún puedes más?»  
Y otros: «¡Échate ya atrás,  
que tú en tu siglo no vives!»

Con cuyo tira y afloja,  
y entre tal teje maneje,  
no sé si morir me deje  
ó la pluma otra vez coja.

Esto es lo que voy á hacer;  
puesto que es mi porvenir  
sobre el trabajo morir,  
cumpliré con mi deber.

Es verdad que un hombre soy  
de ayer: mas puesto que vivo,  
voy á intentar si algo escribo  
que me abone con los de hoy.

Voy á tantear un boceto  
moderno y naturalista,  
que, poético y realista,  
tenga al siglo por objeto.

Quiero al siglo, con mi pluma,  
cosquillear la piel un poco;  
y si en lo vivo le toco...  
¡cómo ha de ser!—porque en suma

por todos medios y modos,  
quiero ver si en mi vejez  
gusto á todos de una vez  
ó riño una vez con todos.

Cumplir su última jornada  
cumple el autor del *Tenorio*  
con una *baladronada*,  
y abrir su nicho mortuario  
diciendo: «*César ó nada.*»



## HISTORIA DE UNA NIÑA

### III.

Se dejó caer con desaliento en una especie de  
divan que se veía á un lado y yo quedé en pié in-  
deciso.



—Siéntese Ud. caballero—me dijo y obedecí.

—¡Ah!

—¿Qué tiene Ud?

—¡Nada!

—Quiere Ud. que avise...

—¡Oh nó!.. ¡yo tengo enferma el alma y nadie puede venir en su auxilio!—y dichas estas palabras empezó á gemir angustiosamente.

Aquella exclamación resonó tan hondamente en mi alma que la tomé una mano y la dije casi llorando:

—¿Tiene Ud. el alma enferma?.. aquí estoy para consolarla si es que el consuelo puede mitigar el quebranto de un alma.

La joven me miró un momento y cerrando la puerta dijo con dolorido acento:

—Yo no os conozco, caballero...

—¿Y qué importa?—repuse—cuando dos almas se encuentran en el camino de la vida para revelarse sus misterios no necesitan de la amistad.

—¡Ay caballero!.. ¡sufro tanto!..

—Por eso mismo ansío saber...

—¡Ay!.. mi historia es muy triste y...

—¿Qué?

—Como el dolor ajeno á nadie interesa temo...

—Está Ud. muy equivocada, cada lágrima que rueda por esas mejillas y cada suspiro de ese corazón me entristecen de tal manera, que allá en el fondo de mi alma parece que hacen nacer el principio de esa elegía que Ud. se esfuerza en ocultar con sonrisas.

—Piensa Ud...

—Lo adivino todo.

La niña calló, bajó los ojos como avergonzada y después de un momento de pausa prosiguió así.

#### IV.

—Me llamo Florencia, no conocí á mi padre y á la mujer que me tuvo á su lado no sé si llamarla madre porque como ella me trató creo que ni á sus hijuelos trata igual la fiera del desierto... crecí como crece la adelfa sola al borde del barranco, no tuve en mi infancia halago ni caricia alguna ni en mi adolescencia un ser que con sus consejos me guiase... libre mi alma creció y libre mi pensamiento tendió su vuelo por las regiones de los sueños las ilusiones y las esperanzas... la miseria nos rodeaba y la mujer que decía ser mi madre me echó un día de casa... me ví sola, muy sola, nadie me escuchaba ni nadie hacía caso de la pobre Florencia hasta que la casualidad me deparó el humilde puesto que ocupó hoy.

Una noche la fatalidad se presentó á mi paso y desde entonces es mi vida una guirnalda de espinas, un peso enorme, una extensa agonía... yo ignoraba hasta entonces lo que era el amor, en el blanco botón de la flor de la inocencia dormía mi alma como duerme el lago entre las brumas, como

oculta la azucena la fragancia de su hálito embriagador.

Conocí á un joven...

—¿Su nombre?—pregunté sin poderme contener.

—¡Lo guardo en el corazón y jamás lo pronunciarán mis labios!

Comprendí que había cometido una imprudencia; callé y Florencia prosiguió:

—Me dijo que me amaba y á sus palabras sentí en mí ser lo que nunca había sentido... era el amor que nacía... el alma que rompía su alabastro broche... le creí; su acento me enloquecía y le amé con la pura grandiosidad de un alma virginal... él me decía que á cada instante crecía su pasión y yo ¡pobre de mí! acabé de enloquecerme... lo que era luz se convirtió en lava, lo que era perfume se trasformó en hálito abrasador y mi alma y mi pensamiento siempre volaban en pos del ser amado... nunca había pensado caballero que también nacen en los labios los juramentos mientras en el corazón se retuercen las sierpes venenosas de una pasión impura... me dió palabra de casamiento y...

—¿De casamiento?—exclamé con afán.

—Sí, me dijo que era tiempo de unirnos para siempre y yo lo creí... soñé en un hogar y en una familia sin saber que yo no podré ser feliz jamás.

—No diga Ud. eso Florencia, es Ud. muy joven...

—Joven físicamente, anciana y agonizante moralmente... escuche Ud. el final de mi historia y apiádesese de la flor deshojada por el vendaval de una pasión... una noche, pocos días antes del día en que el pérfido decía que iba á llevarme al altar, sola en este cuarto me encontraba ya vestida para salir á escena cuando oí dos golpecitos en la puerta, me levanté de este diván y corrí á abrir... era él, mi amor, el ser en quien cifraba todas mis ilusiones y todas mis esperanzas... se sentó junto á mí... sus labios como nunca pronunciaban palabras más dulces y más embriagadoras, nectar venenoso que cayendo gota á gota de la flor de los labios al caliz del corazón hizo brotar en él un deseo, un anhelo inexplicable... estuvimos hablando... de pronto él me besó en los labios y con otro beso le respondí sin saber lo que hacía... murmuró á mi oído yo no sé que aterradora palabra que caí desvanecida en sus brazos al par que esa ventana con ímpetu se abría y una ráfaga helada apagaba la luz que en ese teccador ardía... las sombras nos envolvían, los soplos de la noche besaban mi abrasada frente mientras aquel hombre me decía yo no sé que de infernal que aterrada quise huir y gritar... todo lo había comprendido... aquello no era amor, era una ruín pasión oculta entre perfumes y girones de rosa y de luz que entonces entre las sombras se mostraba en toda

su repugnante desnudez... yo no sé lo que pasó... sus brazos oprimieron mi falle cual férreas ligaduras... luché... gemí... las sombras se disiparon y me ví sola, las flores de mi tocado yacían deshechas á mis plantas y entre las brisas de la noche rodaban los girones del blanco velo de la inocencia... sentí pasar sobre mi frente algo leve que huía veloz... era el amor que escapaba en alas del angel del candor y la pureza...—Florencia inclinó la cabeza llorando amargamente y una pausa interrumpida á intervalos por los sollozos siguió á la desgarradora narración.

Yo callaba porque para los grandes dolores el silencio es la mejor respuesta.

—Desde entonces—prosiguió Florencia—todo se acabó y desde entonces es mi existencia una carga insoportable... nada he sabido de el infame... quizá blasona de su íncuo triunfo... yo no le odio... le perdono y... ¡le amo aún!

Florencia dejó caer su cabeza sobre el respaldo del divan, yo la dije lo que en tales casos se puede decir... aquella niña tenía herida el alma y era muy difícil si no imposible encontrar un bálsamo para cicatrizarla.

Tanto le había afectado la narración de su desgracia que la infeliz Florencia no pudo trabajar más aquella noche.

Me quedé haciéndola compañía y cuando nos separamos le ofrecí que sería su mejor amigo y la pobre niña respondió con un gemido á mis palabras.

MANUEL LORENZO D'AYOT.

(Concluirá.)



## ¡FATALIDAD!

Á MI PRIMER AMIGO, EL DISTINGUIDO ESCRITOR  
FERNANDO ZAIDE.

El mundo proseguía dando vueltas en derredor de su eje. En tanto Elena, mi idolatrada Elena, recibía en su rostro los refulgentes rayos de ardoroso sol de estío, que bañaba su tez de un tinte delicado, que hacía resaltar más y más aquellos rasgados ojazos, tan negros como las ondas del Leteo. Apoyando sus nivosos y bien delineados brazos en la artística balustrada ó el balconcillo, libraba reñido y óptico combate con todos los transeuntes, desde el más encopetado, al más humilde; del niño hombre al achacosó anciano. Ni uno solo había que dejase de admirar detenidamente aquella diosa de hermosura cuya ca-

becita destacaba en medio de lujosos y elegantes cortinones de raso azul, como las estrellas en el terso y transparente cielo de una noche primaveral. Por en medio de dos atortunados hierros del balcón, ajustado por precioso zapaticó de charol, asomaba un pié tan chiquitín, que sin gran dificultad elevaría una de esas pintadas mariposas que aprisionan las niñas en sutil gasa, para martirizar luego con la punta de un alfiler.

Elena estaba provocativa y digna del pincel de un Angel ó Murillo. Su azabachada cabellera se deslizaba por sus hombros a fuer de muda al par que magestuosa catarata. Apenas fijó en mí su vista retozona, entreabrió diminutos corales, dejando ver dos sartas de ricas perlas que delataban inconscientes, los rasgos de leve pero expresiva ronrisa. Crucé acelerado el umbral de aquella casa y con la brevedad del rayo ascendí la marmórea escalinata que conducía al templo de mi adorada; sonó el timbre con sequedad y giraron aquellas repujadas puertas que guardaban el tesoro de mi corazón. Después de atravesar varios salones hallábame al frente de Elena que ansiosa me tendía una blanca mano que apenas pude hallar entre las mias.

Su abultado seno palpitaba como lleno de júbilo y su vista no se apartaba un instante de mis ojos.

Hacia próximamente tres meses que nos habíamos separado y al reunirnos de nuevo aquel dichoso día, no se que fuerza magnética inflamó nuestros corazones, de manera tal que volaban los minutos, sin que dejásemos de mirarnos y sin que nuestras manos supieran desenlazarse. Confieso que jamás pude concebir que el amor fuese tan poderoso; hasta entonces no había cabido en mi cerebro que dos pechos se confundiesen en uno solo, que dos almas se comunicasen eléctricamente sus diversas sensaciones, pero aquella tarde comprendí que era evidente, óbrio, puesto que yo leía en su pensamiento todo cuanto por el cruzaba; mi alma sentía los efflujos amorosos de la suya, y mi pecho se abrasaba con la incandescencia de su pecho.

En aquellos fastos momentos mi corazón latía con más impetu que nunca por aquella encantadora mujer que había sabido hacerme su perpetuo esclavo.

De pronto como impulsada por satánico resorte, palideció su rostro, su vista se clavó en el medallón de mi leontina que inadvertidamente llevaba abierto y exhalando un agudo suspiro quiso incorporarse. Arrancó con temblorosa mano el medallón y después de oscilar breves instantes dió con su cuerpo en la mullida alfombra, al tiempo de exclamar:

—¡Infame! ¡Me engañabas!

En aquel medallón llevaba el retrato de Rosario, una ex-amiga suya, con la siguiente inscripción: *A mi Pepe.*  
¡Maldita casualidad!

GERARDO DE ANA.

(Es propiedad de la Agencia Noticiera Claret, la que prohíbe su reproducción.)



## DE NUESTROS CORRESPONSALES

Sr. Director de LA MANCHA ILUSTRADA

Distinguido compañero: Por una fatídica coincidencia, en los momentos que este periódico publicaba una de las hermosísimas poesías, del gran Zorrilla, la muerte nos arrebató al cantor de Granada, envidioso sin duda de no poseerle.

Pero... no. No ha logrado su objeto. Se ha llevado la materia pero su espíritu ha quedado con su recuerdo confundido con el espíritu de todos los españoles.

Nos ha robado su cuerpo pero su alma ha hallado en cada corazón un lugar donde albergarse.

Zorrilla era ante todo patriota y su alma quiso quedarse en España.

Madrid, entero, no un número determinado de personas, ha desfilado por delante del cadáver en la capilla ardiente y el pueblo, individuo por individuo ha depositado á los piés del féretro las mejores coronas, esas cuyas flores no se marchitan jamás, que exhalan embriagadores perfumes y son el más preciado recuerdo: lágrimas, sollozos entrecortados y oraciones.

Le han llorado las madres recordado los hermosos pensamientos que la suya le inspiró; le han llorado los hijos y los amantes porque con él han perdido al mejor intérprete de sus sentimientos. Millares de labios han vibrado balbuceando plegarias, millares de corazones se han levantado hasta Dios rogándole por su alma.

La religión ha desplegado los negros crespones con que en la santa semana cubre los altares, porque con el gran poeta ha muerto un esforzado adalid que ora manejaba la pluma á guisa de terrible lanza en defensa de sus doctrinas, ora pulsaba la lira arrancándola mágicos y secretos sonos para cantar con ella las hermosuras del dogma cristiano.

Las musas, inconsolables lloran velando su cadáver y confundiendo con el tétrico chisporroteo de los cirios, con el ténue y comprimido suspiro y con el entrecortado sollozo, se percibe un leve rumor, son los apasionados besos que aquellas depositan en la mármora frente de su hijo predilecto.

Y no se consuelan. Dirigen ansiosas miradas en su derredor como la madre que junto al cadáver de un hijo busca otro en quien depositar todo su cariño, toda su ternura, pero vuelve los ojos al muerto segura de que no encontrará lo que su corazón reclama...

Mas tarde; cuando la tierra oculta los restos del que fué el último de los ruiseñores sin alas, cuando la noche invade la tierra con su negro ejército de tinieblas, las musas después de regar con lágrimas la tumba de su hijo querido huyen hacia el cielo á pedir á Dios un nuevo ser en quien depositar sus raudales de inspiración...

Zorrilla ha muerto lloremos la orfandad en que queda suicida la poesía y esperemos del Supremo Hacedor,

pero solo de Él, que mande á la tierra como mandó al que acaba de abandonarnos, un nuevo hombre que supla en parte su falta.

Entre tanto, recemos.

EL CORRESPONSAL.

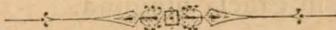
Madrid, 26 Enero, 93.



## EL MERCADO

### PRECIOS CORRIENTES

Aceite. . . . .	10	ptas. arroba.
Alcohol, según clase y grados	15 á 20	» »
Azafrán. . . . .	25 á 26	» libra.
Aguardiente, según grados		
y anisado. . . . .	9 á 11	» arroba.
Cerdos. . . . .	14	» »
Cebada. . . . .	6	» fanega.
Candeal. . . . .	13	» »
Centeno. . . . .	8,50	» »
Patatas. . . . .	0,90	» »
Vino tinto del 91. . . . .	3 á 75	» arroba.
»    »    »    92. . . . .	2,75	» »
»    blanco. . . . .	2,50	» »
»    de embarque. . . . .	4,50	» »
Vinagre. . . . .	2,75	» »



D. José López de Lerma, capellán del Asilo de Ancianos Desamparados de esta villa, falleció en dicho establecimiento el pasado domingo á la edad de 81 años.

R. I. P.

Nuestro amigo y suscriptor D. Octavio Ramiro, ha abierto en Viso del Marqués un buen surtido establecimiento de curtidos, coloniales y otros géneros.

Le deseamos toda clase de prosperidades en su nuevo negocio.

Con facil y elocuente palabra se dejó oír el domingo último en nuestra parroquia el P. Fr. Antonio Valiente.

Bien quisiéramos dedicar el espacio que mereca á tan distinguido paisano, y la abundancia de original nos lo impide, pero sírvale de enhorabuena estas cortas líneas que estan trazadas con sinceridad y desapasionamiento.



## Buzón de alcance

Gasparini.—Interior.—Está bien hecho, pero es demasiado extenso. Si quiere usted arreglarlo á las exigencias del periódico, se publicará.

Fray Latigazos.—Madrid.—Si me cerciuro de que no encierra alusión y manda Ud. la firma..... Porque el asunto es delicado.

C. N.—Almadén.—Sí, señor. Desde este número se le remite el periódico. El Administrador le escribirá. Mande lo que guste.

S. O.—Madrid.—Se manda todas las semanas.

El Abate Pilrracas.—¡Si viera Ud. lo que siento decirle que nó! Aunque te vistas de Abate, dáte.

Roque Zoquetín.—Alcázar.—Antes de hacer versos escoja el asunto sino quiere que resulten

aunque llame á la Fortuna,  
bien medidos, bien rimados,  
pero sin gracia ninguna.

A. del P.—Hellín.—Recibida su nota. Escriba cuando guste.

P. V.—Ciudad-Real.—Recibida su carta. Lo siento.

Los señores D. L., S. P. y *Venturita* pueden mandar las firmas.

Tip. de José Hurtado de Mendoza

## Cabezas Hermanos

Petróleo, Curtidos, Droguería, Perfumería, Mangas de trasiego y filtros.

2. REAL, 2

## ¡GUERRA AL FRÍO!

Rajas de encina superior á 30 y 35 céntimos la arroba.

Calle Dormidas, núm. 1.

## LIBROS

Se desea adquirir el Diccionario de Administración de Alcubilla, 4.<sup>a</sup> edición, con todos los Apéndices.

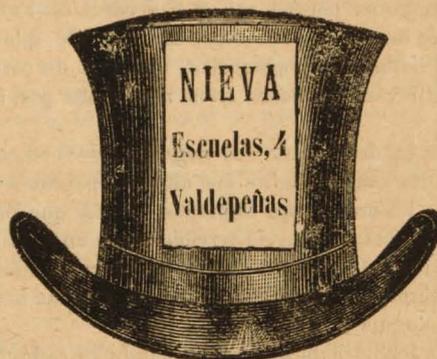
Dirigirse á la Redacción de este periódico.

## ¿Teneis

SABAÑONES? Usar la Pomada circasiana y vereis sus buenos resultados.

CIUDAD-REAL-VALDEPEÑAS: Farmacia de Lasala, Empedrada, 1 Valpeñas.

Un real la caja.



## Agencia Noticiera CLARET

Aribau, 24, pral.—BARCELONA.

Esta Agencia que cuenta con un distinguido y numeroso cuerpo de redacción, ofrece sus servicios, así postales como telegráficos, á las empresas periodísticas de España y del Extranjero.—En sus correspondencias hay sección bibliográfica destinadas á las obras que se reciban.—Acudid á la Dirección para más informes.

## Condiciones ventajosísimas

El Director,  
Ricardo Claret Fábrega.